573

Homenaje al Papa Juan XXIII

Sesión celebrada el día 4 de Junio de 1963



JUNTA DEPARTAMENTAL

MONTEVIDEO

Homenaje al Papa Juan XXIII

Sesión celebrada el día 4 de Junio de 1963



JUNTA DEPARTAMENTAL

MONTEVIDEO

ACTA Nº 1842

En Montevideo, a los cuatro días del mes de junio de 1963, siendo la hora 20 y 10, celebró Sesión Extraordinaria LA JUNTA DEPARTAMENTAL DE MONTEVIDEO, bajo la Presidencia del

Sr. LUIS E. MACHADO, Presidente

Secretaría le los señores Alfredo Lamboglia de las Carreras, Secretario General, y Federico L. Chater, Secretario.

y con la asistencia de los señores Ediles:

T I T U L A R E S

GARRIDO, EVARISTO
OTTATI JORGE, Prof. R.
DEVITA, Agr. ALFONSO R.
LOPEZ FERNANDEZ, Dr. C.
PECOY, NICOLAS
MIGUEZ, ALFREDO
PRANZO, JUAN C.
LORDA, CARLOS
PINTOS, RUBEN E. D.
GALVAN, JUAN C.
SCANDALIARIS, TEOFILO
CASTRO, CARLOS
LAVIÑA, Dr. FELIX
FERREIRA, JACINTO
PEREIRA FLORES, JULIO
FARACO, NORBERTO
ALONSO, NELSON
BADO, Dr. WASHINGTON
CASSINA, Dr. CARLOS
IRIBERRY (h.), GRACIANO
MORO, PEDRO
FRASCHINI, CARLOS
GUEDES, EDEGAR
PERI DE BERRIEL, M.
ABELLA, Dr. HECTOR L.
CHIOSSONI, DAVID
ARNABAL DAGNINO, A.
MOREIRA PARSONS, Dr. J. C.
SANTUCCI, ROQUE
GONZALEZ FONTANA, J. R.
VIÑA, Dr. J. NELSON
BAROZZI, EDUARDO
BASSO DE NIETO, M. T.
SEBASTIANI, NEDER
LOPEZ, FERNANDO A.
GONZALEZ DIAGO, O.
RINCON, RODOLFO
FILIPPINI PERRONE, M.
FIGOLI ZABALETA, J.
MARTINEZ LOMBARDI, H.
GERSCHUNI PEREZ, J.
PRATO, HUGO
UBAL, LUIS ALBERTO
VARELA RODRIGUEZ, Dr. C. A.
RIZZI, Esc. JULIO C.

SUPLENTES

PEREZ LOPEZ, D.
MARTINEZ DE RIVERO, B.
MURIAS MICOUD, F.
ROSSI, OSVALDO
MONTIEL, ARTURO
PALLARES, URUGUAY
GENDE, JOSE
DE BRUM, JACINTO
REVELLO, ALBERTO
YAFFE MILLAN, JUAN
HERRERA CALO, D.
VENTURIELLO, F.
SANTUCCI, ALDO
COLMAN, GLAUCO

Con aviso, los Ediles señores: Heráclito Barreto, Juan Scordamaglia, Ricardo Lombardo, Dr. Armando Loubejac, Francisco Contreras y Luis Villamonte.

Con licencia, los Ediles señores: Alejandro Marengo, José Ma. Zabala y José O. Gilmet.

HOMENAJE A SU SANTIDAD JUAN XXIII —

Esc. RIZZI. — ¿Me permite, señor Presidente?

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil.

Esc. RIZZI. — Señor Presidente: a pocas horas del fallecimiento de Su Santidad el Papa Juan XXIII, aún tenemos la angustia, la congoja que produce un hecho tan luctuoso para la humanidad.

Sr. PRESIDENTE. — Señor Edil: si me permite, la Mesa le aclara que la Junta ha sido convocada para una sesión extraordinaria, a fin de tratar un temario determinado; no obstante, dado el tema y la honda trascendencia que tiene el problema planteado por el señor Edil, y si no hay oposición del Cuerpo, dará el consentimiento para que se considere lo relacionado con la muerte del Papa Juan XXIII.

(Apoyados. Asentimiento general.)

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Rizzi.

Esc. RIZZI. — Agradezco la atención de la Mesa y de la Junta en pleno, ante este asentimiento que demuestra el grado de cultura y de madurez democrática de nuestro país.

Parecería que el espíritu de convivencia humana que surgiera de la personalidad de Juan XXIII, tuviera también su eco inmediato en una sala donde ardorosamente luchamos muchas veces, en la puja de hombres libres, en torno a los mismos ideales, pero encarándolos de manera distinta. Y es a través de este plano de convivencia

que la humanidad y los hombres que forman la cristiandad, en un momento en que el mundo necesita paz, escuchan la voz temblorosa del Pontífice en su agonía, que reclama a los cristianos y no cristianos, a todos los hombres de buena voluntad, la paz que tanto ansiamos y la paz que tanto anhelamos a través de siglos y milenios.

Ha fallecido Juan XXIII, el Papa de la Paz en la historia de la Iglesia, que tuvo por características la bondad, la mansedumbre y la sencillez. Era un buen ciudadano, que se apartaba de los límites del Vaticano para entrar en la convivencia armónica, en la alegría simple y pura de la vida, para vivirla junto a sus conciudadanos de Roma, a sus antiguos compañeros, a los necesitados de los asilos y hospitales, a los que viven en las tinieblas de las cárceles, a los que sufren el destierro, el hambre y la sed de justicia, el hambre de alimentos corporales y espirituales.

Ese era el Papa que se acercaba a todos y que atrae de todos los lugares del mundo, la palabra doliente y sentida de la humanidad entera.

(¡Muy bien!)

Era el Papa de las Encíclicas, que tienen una trascendencia que supera el momento actual, para confundirse todas en un ámbito de paz y cordialidad: "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris"; no son dirigidas simplemente a los fieles de la religión católica; la última, que hace menos de un mes diera el Papa, se dirige no sólo a los fieles del mundo, sino a todos los hombres de buena voluntad y repite el mensaje evangélico convocando a todos los que tienen sed de justicia y de paz, de buena voluntad, para que, hermanados, busquemos, en un mundo convulsionado, el límite hasta donde deben llegar los derechos y deberes recíprocos de la persona humana y de las naciones.

Escuchando la voz del Pontífice, surge, del fondo de todos los seres, una armonía que no se contradice, que no choca con ningún interés, con ningún otro factor que sea disociante, en un momento que el mundo reclama concordia.

Es por eso que cuando el Papa Juan XXIII agoniza y muere, surgen de todos los lugares del mundo, como al unísono con las campanas de las ciudades, aldeas y villorrios más apartados, la súplica, la plegaria, el dolor acongojado de todos los ciudadanos del mundo.

Por eso, este acto de la Junta, sincero y unánime, surgido en torno a una persona esclarecida en el momento actual del mundo, re-

fleja lo que hemos ganado los ciudadanos del Uruguay, donde vemos superadas las rencillas y todo aquello que nos puede dividir, para encontrarnos unidos en la congoja común que a todos nos embarga.

Varios Ediles —y termino con estas palabras la intervención que en nombre de la Democracia Cristiana quería hacer— hemos solicitado a la Mesa una serie de homenajes, como ponerse de pie, enviar la versión de las palabras pronunciadas al señor Nuncio Apostólico y a la jerarquía eclesiástica y solicitar que un lugar público se designe con el nombre del ilustre desaparecido.

Es con estas palabras que dejo sentado el pesar, el dolor de nuestra bancada ante el fallecimiento del Papa Juan XXIII.

Prof. OTTATI JORGE. — Pido la palabra.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Ottati Jorge.

Prof. OTTATI JORGE. — Señor Presidente, señores Ediles: el sector de la Lista 15 me ha designado para hacer uso de la palabra en este homenaje al desaparecido Juan XXIII.

Declaro con absoluta lealtad, que lo hago sin ninguna violencia de espíritu, sin ninguna violencia de orden filosófico o moral, y lo hago con el total y absoluto respeto que siempre me han merecido las grandes figuras de la historia, a las cuales he visto por encima, muchas veces, de las aparentes profundas discrepancias filosóficas o religiosas, buscando en todos los actos de su vida, y configurando una conducta trascendente, el amor entre los semejantes, el bien, la paz y la justicia.

Lo hacemos, además, porque nuestra posición filosófica nos indica, nos marca como meta fundamental, la tolerancia, entendiendo por tolerancia, la aceptación de que aquellos que no piensan igual que nosotros, también pueden tener su gran dosis de razón.

Entendemos, objetivamente considerados y analizados los hechos, que Juan XXIII, en este siglo de intolerancia, en este siglo donde muchas veces las pasiones filosóficas y religiosas ahogan lo que puede ser un bien para la humanidad, fue un gran tolerante, fue un Papa que vió al hombre como ser humano, como ser vertical, como hijo de la creación, sin distinción de raza ni ideología política o filosófica.

(¡Muy bien!)

Recuerdo un hecho que me conmovió profundamente; a los pocos días de haber sido elevado Juan XXIII a la categoría de Papa, hizo algo que lo realzó, y fue su visita a los presos de la cárcel de Roma, en un gesto verdaderamente inusitado. Yo he leído y releído

las páginas de Concepción Arenal en sus visitas a las cárceles, lo que escribió Oscar Wilde, en sus magníficas obras sobre el drama de las prisiones y hemos seguido y mantenido, dentro de nuestras posiciones políticas, la doctrina correccional de Montero con respecto a los presidiarios, y en este momento nos sentimos identificados con aquellos presos de la cárcel de Roma, que en su vida oscura y en las tinieblas de sus prisiones, tuvieron, sin duda alguna, un rayo de luz —para muchos de ellos de origen divino— y que los debe haber hecho recapacitar y meditar sobre la vida terrena y sobre la vida del más allá que, en su catolicismo, les ofrecía, amplio y generoso con los humildes, Juan XXIII.

Juan XXIII tuvo también una posición social que, debemos reconocer, fue extraordinaria. Comprendió que en pleno siglo XX, aún se mantenían vivas las palabras de Jesucristo, de que "es más fácil hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, que hacer entrar un rico en el reino de los cielos". Y por eso planteó una política social clarividente y progresista que nosotros reconocemos y admiramos.

Ese orientador de millones de seres humanos, jefe espiritual de los católicos de la tierra, supo comprender el gran problema social y económico del momento y sus Encíclicas fueron destinadas a redimir económicamente a los pobres y también, desde el punto de vista espiritual, a redimir moralmente al rico y egoísta y presuntuoso, que aún no comprende que el pobre es un hermano en desgracia y que hay que cumplir con los principios del cristianismo y los Mandamientos, que establecen que hay que proceder con los demás como queremos que procedan con uno mismo.

De ahí que nos adherimos a los homenajes propuestos y queremos señalar lo siguiente: desde el punto de vista racional, del razonamiento puro, vemos con profunda inquietud el problema del nombramiento de un nuevo Papa. Pero desde el punto de vista sentimental y del punto de vista afectivo lo hacemos con la total esperanza de que el nuevo Jefe de la Iglesia Católica sepa aquilatar y valorar a Juan XXIII en la totalidad y en la más completa visión de esa gran personalidad de este siglo; y entonces esperamos que ese nuevo Concilio, del cual salga el nuevo Papa, tenga la visión genial de que el continuador de la obra de Juan XXIII siga pregonando en este mundo de desigualdades y de injusticias, la paz, el bien y el amor que Jesucristo quiso, en nombre de la Libertad, en nombre de la Igualdad y en nombre de la Fraternidad y que ello resulte

beneficioso para su catolicismo, para nuestro cristianismo y para la humanidad toda, sin distinción de ideas ni de principios.

Dr. MOREIRA. — ¿Me permite la palabra, señor Presidente?

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Moreira.

Dr. MOREIRA. — Señor Presidente: el fallecimiento del Sumo Pontífice Juan XXIII, ha repercutido en el orbe entero traduciéndose en un colectivo sentimiento de pesar y congoja. La Iglesia Católica pierde a su jefe visible, al Vicario de Cristo: la Cristiandad a quien reiniciara un diálago —trunco hace mucho tiempo— entre sus distintas Iglesias y la Humanidad toda experimenta la desaparición de quien se tornara en símbolo de los más nobles sentimientos y virtudes.

Pastor de una grey de más de 500 millones de fieles, que es columna básica de esta civilización occidental que integramos, supo adecuar el magisterio de su reinado espiritual al momento histórico que vivimos, imprimiéndole el tono justo que la realidad reclamaba. Se ha expresado recientemente, con total certeza, que colocó su dogmática infalibilidad a la altura de las inquietudes de su tiempo.

Si tuviéramos que expresar en una breve frase cuál fue el sentido de su magistral docencia, diríamos que acentuó —si ello es posible— el contenido humano de la Iglesia, orientando su esfuerzo, hasta el momento del postrer aliento, al logro de la concordia, del acercamiento, de la Paz entre los seres humanos.

Y esa concordia, esa paz, ese acercamiento lo buscó en todos los órdenes, y allí están como resultados sin par de su acción el Concilio Ecuménico Vaticano II y las Encíclicas "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris", que harán perdurar en el tiempo la gloria de su memoria.

La convocatoria del Concilio Vaticano II, buscó la concordia entre las Iglesias y lo tornó en el artífice que intentó aunar las tareas y los espíritus en el anhelo de eliminar las diferencias que separaban la suya de las demás congregaciones cristianas.

Culminando el proceso que iniciaran las Encíclicas "De rerum novarum" y "Quadragésimo Anno", la encíclica "Mater et Magistra" proyecta su pensamiento de conductor de dimensiones universales hacia el campo de los problemas sociales, económicos e internacionales y define magistralmente la conducta de la Iglesia Católica, marcando rumbos en una nueva concepción de los mismos.

Por último, en su reciente Encíclica "Pacem in Terris", reitera su cotidiano deseo, propiciando el ideal de la convivencia entre los hombres cualquiera sean los credos que profesan o latitudes de don-

de provengan, en el logro de una paz universal que es compromiso ineludible de las actuales generaciones.

Señor Presidente: nuestro partido político no es un partido confesional, pero es sí, una colectividad que hace caudal de un respeto profundo de todas las convicciones filosóficas o religiosas. Bastaría señalar que estamos ante el fallecimiento del Jefe de un Estado con el cuál mantenemos relaciones cordiales, para expresar nuestra solidaridad y adhesión a los homenajes que se propongan; pero cuando ese deceso implica también la desaparición de la cabeza visible de un determinado orden moral que dirigió entre todos los seres una prédica continua de confraternidad, no podemos dejar pasar la oportunidad de expresar también nuestro agradecimiento por la altísima jerarquía de su docencia y su preocupación constante en dignificar cada vez más al hombre en el plano ascendente de los valores del espíritu.

Sr. MARTINEZ LOMBARDI. — ¿Me permite la palabra, señor Presidente?

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Martínez Lombardi.

Sr. MARTINEZ LOMBARDI. — Católicos, cristianos, creyentes y no creyentes, la humanidad toda ha recibido con profundo pesar la noticia del deceso del Papa Juan XXIII.

Una rara unanimidad se ha hecho en torno a la valoración positiva de esta figura de nuestro tiempo, por encima de las lógicas diferencias de orden filosófico y religioso que sería obvio entrar a especificar. Sin embargo, señor Presidente, ello se explica por el simple hecho de que esa prestigiosa figura desaparecida supo traducir una réplica en la que están contestes todos los hombres de buena voluntad, supo traducir desde el particular punto de vista de su doctrina y de su fe, el anhelo común de paz y de justcia social que anima a todos los pueblos sin excepción.

En nombre de esta Bancada del Frente Izquierda de Liberación, permítasenos dejar sentado, testimonio de pesar por el deceso acaecido y, asimismo, expresar la esperanza de que quien suceda a la ilustre figura desaparecida, en el ejercicio de su alta investidura eclesiástica, quiera y pueda continuar y avanzar en la línea asumida por el extinto Papa Juan XXIII.

Dr. VIÑA. — ¿Me permite la palabra, señor Presidente?

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Viña.

Dr. VIÑA. — Señor Presidente: además del Sumo Pontífice de la Iglesia, desaparece con Juan XXIII un conductor de dimensiones

universales, cuya bondad y sabiduría le conquistaron el amor de sus fieles y la consideración respetuosa de los hombres que no integraban su grey. Siguió a los primeros desde su jerarquía espiritual incontrastable y ganó la adhesión de los segundos con su humilde sapiencia de "siervo de los siervos de Dios", como gustaba llamarse a sí mismo.

Este Papado ha de pasar a la historia como uno de los más trascendentes de la historia moderna y de la historia antigua. Los objetivos principales, trascendentes objetivos de Juan XXIII, fueron la unificación de toda la Iglesia Cristiana y la lucha por la paz y la coexistencia pacífica. Fue en ese sentido tanto como un gran hombre en el sentido católico doctrinario, un gran político y un hombre de bien en el sentido de la política y de lo social.

Para lograr este propósito se valió de un mismo concepto, del concepto que quienes tuvimos la suerte de estar cerca del, notamos que irradiaba en todos y cada uno de sus gestos, en todos y cada uno de sus actos. Para Juan XXIII todos los hombres eran iguales ante Dios, todos los hombres tenían para él un sentido innato del bien y del mal y sabía que pudiendo encontrar en todos los hombres el bien, buscaba el Bien. Tenemos absoluta seguridad de que en ese sentido Juan XXIII consiguió lo que tal vez otros Papas del pasado no hayan conseguido. Partiendo de estos principios fundamentales, edificó las dos obras que harán perdurar la gloria de Juan XXIII: el Concilio del Vaticano II y las Encíclicas "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris". En 1961 la Encíclica "Mater et Magistra" revolucionó, por así decirlo, los ambientes del catolicismo y los ambientes opuestos al catolicismo. Es que traía Juan XXIII un concepto y un sentimiento que no era a menudo apreciable en los ambientes católicos, sino en lo que tenía que ver con sus manifestaciones, sí en lo que tenía que ver con sus hechos. Sin apartarse de la doctrina básica de la Iglesia, que considera la vida como una preparación para la felicidad, afirmó el derecho de todos los hombres de gozar de un nivel de vida digno.

En 1963 una nueva Encíclica: "Pacem in Terris" dirigida a todos los hombres de buena voluntad, insistiendo en los derechos del hombre, a la par que sosteniendo que las naciones debían entenderse en un lenguaje de igualdad, sin minorías perseguidas, y propugnando por una autoridad mundial dotada de los medios adecuados para buscar eficazmente el bien universal.

Este hombre extraordinario, este formidable conductor de pueblos, este gran hombre de la historia, ha fallecido, concitando a su

alrededor la rara unanimidad de que sólo pueden concitar los hombres extraordinarios.

Con estas modestas palabras, el sector de la Lista 400 del Partido Nacional quiere adherir a tan sensible pérdida.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Fraschini.

Sr. FRASCHINI. — Señor Presidente: en nombre del Sector de la Lista 10, como ciudadano de un país libre y democrático, de un país que sabe y que ha aprendido a respetar las ideas, tanto filosóficas, como religiosas de todos sus ciudadanos, al igual que sabe valorizar las dotes individuales de cada hombre, nos adherimos profundamente al homenaje que se tributa a tan digno hombre.

Juan XXIII, además de ser un brillante conductor de sus fieles, representante de más de 500 millones de seres humanos; fue un insigne canciller de la paz y un notable estadista en un mundo que, como el de hoy, necesita desesperadamente del arraigo y de la fortaleza del carácter que acompañaba la insigne figura desaparecida, unida a un espíritu comprensivo que dentro de su humildad y sencillez conservó siempre su dignidad jerárquica.

Nada más, señor Presidente.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra la señora Edil Basso de Nieto.

Sra. BASSO DE NIETO. — Señor Presidente: quiero, en una noche como la de hoy, en que el espíritu de todos nosotros está profundamente sentido por la muerte de Juan XXIII, hacer llegar a todos el conocimiento de lo que representa, en realidad, Juan XXIII.

No es sólo el jerarca de la Iglesia Católica, sino un hombre que surgió de los humildes, comprendió a los hombres y trató de que por encima de los que están gobernando, hubiera una unidad que nos pusiera a todos igual frente a Dios, frente a Dios que no sólo era concebido como el Dios de los católicos y que era un Dios como ser supremo del cual todos debíamos sentirnos vasallos, pero unidos en el orden en beneficio del bien, del beneficio de la paz.

Vivió el momento histórico que vive toda la humanidad: vivió el momento de la bomba atómica, de los experimentos grandes, pero esos experimentos y esas incursiones hacia el más allá de nuestra atmósfera, hacia el espacio en beneficio del bien y no con un fin bélico. Llamó a la cordura a los orgullosos; llamó al reconocimiento de que, por encima de todo, debe primar la cordura, el bien y la humildad y el amor de los hombres unidos entre sí.

En apenas 5 años llegó a que se uniera el mundo —se puede decir— occidental y oriental en un momento de muerte como ha sido

ahora. Han llegado al Vaticano. no solamente las expresiones de congoja del mundo occidental —eso no sería extraño porque las diferencias de religiones no tienen una base tan profundamente separatista—, pero que del mundo oriental lleguen sentimientos de congoja, es porque este hombre ha estado por encima del mundo religioso y ha llegado mucho más allá: ha estado en el mundo de la humanidad.

Y sobre eso, tenemos que considerar que con la pérdida de Juan XXIII, ha desaparecido un gran hombre por encima de todas las cosas,

Nada más.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Faraco.

Sr. FARACO. — Señor Presidente: nuestro Sector, sin perjuicio de sus convicciones ideológicas, se adhiere con emoción a las manifestaciones motivadas por la desaparición del Papa Juan XXIII.

Nuestras palabras quieren ser homenaje al hombre cuya preocupación fue permanentemente la de que la humanidad llevara sus pasos hacia una unificación de esfuerzos, superando todas las diferencias en un plano de igualdad, siempre en procura del afianzamiento de la paz.

Nuestro homenaje lo es al hombre renovador, al hombre que supo ver la revolución de la humanidad, que no se anquilosó quedando a la vera del camino observando impotente la caravana evolucionaria, sino que, por el contrario, en un lenguaje y en una acción de tolerancia y respeto, quiso ser uno más en la caravana en marcha.

Nuestro homenaje, señor Presidente, lo es al hombre con verdadero sentir humano, que siendo Nuncio Apostólico en Estambul, facilitó certificados de bautismo a judíos sin exigirles la conversión. a los efectos de salvarles la vida frente a lo que significaba la barbarie nazi.

Es por ello, señor Presidente, —y para terminar—, que nos adherimos a los homenajes propuestos, como homenaje a una de las grandes figuras del Siglo XX, orientador de millares de seres humanos, al tiempo que hacemos votos para que quien lo suceda sepa continuar en toda su extensión el inmenso sentido y el inmenso significado de su pensamiento y de su acción.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Rincón,

Sr. RINCON. — Señor Presidente, señores Ediles: en nombre del Sector del Eje, nos adherimos al duelo nacional que significa la pérdida de Juan XXIII.

El hombre en la historia de la humanidad es el gran protagonis-

tá de los sucesos y él representa, en su accionar, en el entonamiento de la comprensión humana, la fuerza infalible del querer y del poder.

Juan XXIII tenía la sicología humanística del cristiano auténtico. No vestía la religión para exhibiciones chabacanas, porque sabía usar el temple de su corazón cristiano como campana profunda de armonía y recoger en su acento las fuerzas y los impulsos de las generaciones.

La Iglesia Católica ha tenido dos grandes Papas: León XIII, que tenía un corazón templado y el alma noble, y Juan XXIII, que como bien lo decía la señora Basso de Nieto, en la era atómica que destruye la conciencia del mundo y perturba la civilización, este hombre, con la terapéutica balsámica de su cristianismo, reconstruía la fe perdida a la humanidad y buscaba con acento de hombre, la comprensión, la palabra "paz sobre la tierra", el alto espíritu del Evangelio.

Este homenaje concita la admiración nacional y del mundo, y de gran significación es que hombres de todos los partidos políticos, de todas las religiones de la tierra levanten su palabra para recordar, como homenaje fraterno a la figura de este jerarca de la Iglesia, que los jerarcas, en la vida de las representaciones oficiales, sirven en la medida que prestan una utilidad humanística, y este hombre recogía con acento moderno, con espíritu humano, con consagración profunda lo que es la religión.

Nosotros no creemos en las fuerzas de las campanas, creemos en las fuerzas de los hombres, y cuando el hombre recoge el clamor de las campanas y fusiona en el eco de su corazón la fuerza instintiva de la evolución del mundo, entonces hay que admitir que bajo la cúpula de Roma, resuenan los clamores de la humanidad doliente, porque en el Vaticano, en este momento, más que el cuerpo decadente de un hombre mutilado por la vida, está la grandeza inmortal de un pensar insigne que se levanta y nos ha de dejar la estela luminosa de su palabra, su profecía, su encíclica, su pensamiento de autonomía prístina y sentimiento cardinal, que ha puesto a la civilización de pie para que hombres de todas las razas, vestidos con todos los uniformes de la tierra, estén junto al féretro del gran caído, con único uniforme: el de la humildad del hombre al ver caer a otro hombre tan humilde como la propia humanidad.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Prato.

Sr. PRATO. — Nosotros mantenemos, señor Presidente, una gran angustia de ateos, frente a los grandes orígenes, a las grandes causas y a los grandes fines.

No hemos podido encontrar el camino que han encontrado otros,

de resolver este problema de la religión. Siempre hemos tratado de ver en las religiones, qué se podía hacer con ellas, para qué servían y para qué eran útiles al hombre.

Esto, señor Presidente, nos ha puesto siempre en una posición de enfrentar a la mayoría de ellas, y no ha sido por cierto la religión católica una de las que hemos enfrentado menos. Pero debemos reconocer, señor Presidente, que este hombre, recientemente muerto, ha adquirido una trascendencia, una especie de universalidad, que merece que le consideremos en forma muy especial; ha significado una capacidad para brindar la emoción al mundo entero, que pocas veces hemos podido ver en nuestra vida; ha logrado poner junto a sí y emocionarse junto a él, a una enorme cantidad de millones de hombres del mundo. Esa trascendencia especial que ha tenido este Papa muerto, que le ha permitido aparecer como un hombre humilde, como un hombre con propósitos pacifistas, nos hace, en esta oportunidad, reconocerle méritos que justifican el homenaje que hoy se le quiere tributar en la Junta.

Nos adherimos a los homenajes. Entendemos que ha significado para nosotros, ateos, un progreso en el mundo y aún un progreso —cosa curiosa para nosotros que hemos combatido tanto su credo— para la propia religión que él dirigía.

Entendemos que el Papa dió normas para el futuro y pensamientos para el futuro, sumamente útiles para todos.

Esperamos que, también en un futuro, su propia religión, que él parece que tenía tan adentrada y que tanto respetamos por eso, siga por el camino que, en cierto modo, él vislumbrara.

Sr. PRESIDENTE. — Habiéndose agotado la lista de oradores, se va a dar cuenta de los homenajes propuestos por varios señores Ediles.

(El señor Secretario General, lee:)

"Los Ediles firmantes, ante la muerte de Su Santidad Juan XXIII, una de las figuras más preclaras de nuestra época, Mocionamos:

1º) Ponerse de pie en su homenaje;

2º) Cursar versión de las palabras dichas en Sala, al Sr. Nuncio Apostólico, Dr. Rafael Fornio y a la jerarquía eclesiástica;

3º) Expresar al Concejo Departamental que es aspiración de este Cuerpo, que se dé a un lugar público de Montevideo el nombre del ilustre desaparecido".

Sr. PRESIDENTE. — A consideración la moción presentada.

Se va a votar.

Los señores Ediles que estén por la afirmativa, sírvanse indicarlo.

(Se vota por la afirmativa.)

Sr. PRESIDENTE. — La Mesa invita a los señores Ediles a ponerse de pie por unos instantes.

(Así se efectúa.)

Se dictó la

RESOLUCION Nº 340. — "1º — Ponerse de pie en homenaje a la memoria de Su Santidad Juan XXIII, recientemente fallecido.

" 2º — Cursar versión de las palabras dichas en Sala, al Sr. Nuncio " Apostólico Dr. Rafael Fornio y a la jerarquía eclesiástica.

" 3º — Expresar al Concejo Departamental que es aspiración de este " Cuerpo, que se de a un lugar público de Montevideo, el nombre " del ilustre desaparecido."

LUIS E. MACHADO
Presidente

A. Lamboglia de las Carreras
Secretario General

Federico Chater
Secretario